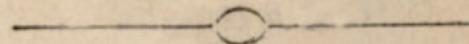


HISTORIA
DE
Pedro Urdemales
POR
X. X.



YUNGAI

IMPRENTA DE «LA UNION»

1885

Introduccion

No todo ha de ser bello y grande en esta mísera vida: tambien hai partes estériles y deciertos sin abrojos; tambien hai campos que no producen un ácimo y semillas que no arraigan; espigas sin granos y flores sin perfumes; novelistas sin nombres y escritores sin conciencia. Así tambien, todo lo que es oro no reluce, y yo, guiado por este accionma, oríjen del presente tratado, o mas bien *destratado*, voi a meterme en este enmarañado conjunto de

letras, en que no sé si salirmé por los puntos o las comas o por la redonda *O* del abecedario.

A muchos espiritualistas escritores, poco o nada habrá costádoles la composición de sus historias o novelas, en razon de estar directamente ligados con los hechos o acontecimientos de sus épocas, y dán gruesos y portentosos volúmenes que, leídos con cariño, pasan a la posteridad con sus nombres. Lo que es el mio, maldita la cosa que valga un cero, ni que se lea con cariño, ni que pase a la posteridad, porque tanto me dá. Este está escrito con mi pluma, y ésta no ha sido embevida en la fuente de esmerada educación, sino en la llama de un espíritu que aspira por llegar siquiera a la mitad o a una peque-

ña parte de la meta, donde otros
batén la palma del triunfo.

Sin embargo, escribo para pocos;
solo para aquellos que comprendan
mi pobre modo de expresarme.

Partiendo de estos antecedentes
sin flujos ni reflujo, entraré en ma-
teria.

HISTORIA DE Pedro Urdemales

Las sombras de la tarde del dia 23 de junio de 1801, caian sobre la faz de la húmeda tierra envuelta entre el sudario de espesos y negros nubarrones, que presentaban un siniestro espectáculo de pavor y miedo a los humildes habitantes de una choza situada en la ribera izquierda del caudaloso Maule.

La débil luz de una fogata alumbraba la casa de Pedro Alegria, y reunidos al rededor del calor del fuego hallábanse cuatro personas que por sus rostros despavoridos daban señales de un pánico que los tenía aletargados, semejándose a los espectros de la desesperacion.

Las cuatro personas que acabamos de ver eran viejas de mal agüero, de rostros carbonizados y de formas rechonchas como el círculo de tinajas borreras.

Una de ellas, la mas gruesa y fea, era la esposa de Pedro, llamada Petrona. Esta hallábase en cinta a pesar de su vejez, y la noche a que nos referimos era la señalada para el alumbramiento.

Las otras eran *parteras*, nombre con que se apellidaban en aquellos tiempos a las personas útiles para sacar *entierros*.

Las nubes espesaban por momentos, el trueno repercutía en la choza como la descarga de gruesa artillería y el relámpago cruzaba el oscuro espacio como la antorcha del Diablo para representar una parte del Infierno.

De repente, una espesa y no interrumpida lluvia comenzó a caer; el

viento soplaba con furor y la tía Petrona, llena de espanto en sus mayores apuros, empezó a clamor al cielo con gritos y lamentos. De pronto se dejó oír un gran estruendo al parecer de un volcán que, al abrir su cráter, arrojaba lejos de sí todo lo que se oponía a su paso. Era que el impetuoso Maule, saliendo de madre, arrastraba casas, árboles, riscos y piedras en su camino de destrucción.

Aproximase lentamente el ruido y el alumbramiento de la tía Petrona también, cuando las invasoras aguas penetran en la choza que, cual débil pluma, fué arrancada de quicio y transportada en alas de las olas a otro mundo mejor.

Todos habían perecido en ese instante. Solo Pedro con una criatura recién nacida se veía flotar en aquel mar de correntosas aguas, encima de una carreta que por diez suya tenía en su casa.

Al dia siguiente todos los habitantes ribereños del Maule subíanse a las alturas a contemplar el imponente y majestuoso mar.

Casas enteras se mecían sobre las turbias aguas; árboles enormes; lanchas quebradas; cuerpos de hombres, mujeres y niños, subían a la superficie para desaparecer en seguida. Todo era consternación general en la multitud que se apiñaba en los cerros y faldas ribereñas.

Un grito de ¡socorro! se oyó de repente, y todos fijaron la vista sobre un punto sobresaliente de las aguas. Era Pedro que después de una noche de completo batallar entre la vida y la muerte, aparecía lívido el rostro a la vista de la multitud.

—¡Socorro! gritó Pedro, y un lazo dirijido por esperta mano fué a posarse sobre sus hombros. En el momento amarró el pértigo de la

carreta y mui luego se hallaba a la orilla.

Pedro saltó a la ribera con la criatura envuelta en su propia manta, la que, a pesar del frío y la lluvia, se hallaba con vida.

Momentos después, el río comenzó a bajar, y Pedro, con una piadosa familia, se encaminó a casa de aquella. Allí encontró buen hospedaje y por consiguiente halló una madre para su tierno hijo.

Este fué bautizado con el mismo nombre de su padre, y creció al lado de aquella buena familia.

He aquí como vino al mundo Pedro Urdemales, nacido sobre correntosas aguas, para dar más tarde un ejemplo de picarescas aventuras.

.....

LOS CERDOS

En 1816, quince años después de los sucesos referidos, se presentaba

Pedro Urdemales ante un caballero poseedor de hermosas fincas, grandes haciendas y bellas casas.

— Señor, dijole, ¿no pudiera Ud. darme alguna ocupacion?

Recien se le habia salido un sirviente que cuidaba una gran manada de chanchos.

— Sí, le contestó el caballero: Tengo algunos chanchos y para sacarlos a pastar necesito una persona.

En el acto lo puso en posecion de doscientos gordos y grandes chanchos, y le mostró el paraje en que debia cuidarlos.

Era el paraje una pequena colina que distaba como cuatro cuadras de la casa. Tras de la colina habia una gran laguna ó charco donde aquellos iban a beber y a revolcarse.

Pasaron dos meses y como Pedro necesitase el sueldo de un mes, el patron se negó a satisfacer esta justa exigencia.

—Pues te ha de pesar, dijo para sí Pedro; y con la cabeza inclinada al suelo siguió arreando su piño.

Cierto dia que Pedro cuidaba su rebaño, se le presentó un caballero montado en un lindo corcel.

—¿Quiéres venderme los chanchos? le dijo,

—Sí, se los vendo, pero con las condiciones siguientes: me dá Ud. seis pesos por cada uno y me deja cortarles la punta de la cola.

El caballero, viendo que el rabo no servia de nada, aceptó el trato y comenzó el corte de colas. Una vez concluida esta operacion, le contó su plata el comprador y prosiguió su marcha arreando su rebaño.

Cuando llegó la tarde, Pedro se dirigió a la casa de su patron y le dijo:

—Señor, mientras yo dormia bajo la sombra de un árbol, en la cima de la colina, los chanchos, en busca de cangrejos, fueron metién-

dose poco a poco en las cuevas que hai en los pantanos; para que su merced se convenza, puede ir a verlos, pues a muchos les queda todavía fuera de la superficie la punta de la cola.

En el acto el caballero hizo encollar caballos y con varios domésticos se dirigió al lugar señalado. Efectivamente, encontró una multitud de colas que sobresalían del pantano; pero nadie se atrevió a meterse por temor de enterrarse en él ciendo.

De este modo Pedro hizo fortuna, y no queriendo vivir al lado de un amo que nunca le retribuía sus servicios, se fué a comprar tierras.

EL SOMBRERO VIRTUOSO

Tres meses habían pasado y Pedro se hallaba de mozo de mano en la casa de uno de los más ricos propietarios de un pueblo de la costa.

El caballero era sumamente avá-
go, así es que nadie podía hacerlo
compartir una copa en la sala de
un hotel:

Pedro se encaminó cierto día al
hotel; y después de haber tomado
algunas copas con el dueño del es-
tablecimiento, le propuso el siguien-
te compromiso:

—¿Cuánto me pediría Ud. por
festejar con comidas y licores esqui-
sitos a una familia que pienso traer
a su establecimiento?

—Mil pesos, le contestó el hote-
lero.

—Convenido; pero ante todo
quiero que Ud. me haga el servi-
cio siguiente: en cada plato de có-
mida que Ud. me sirva, yo le hice de
preguntar cuánto le debo; y Ud.
me dirá, su precio. Entonces tomo
mi sombrero y lo doblo y vuelvo de
nuevo a preguntarle cuánto le de-
bo y Ud. me dirá que nada:

—Convenido:

El dia fijado, Pedro convidó a su patron al hotel; pero el caballero se opuso, diciéndole que no acostumbraba comer en los hoteles.

—Señor, le dijo Pedro, Ud. no gastará una *chirola*; el hotelero es bueno y yo pago todos los gastos.

Quiso que no quiso, el caballero aceptó al fin, y el dia fijado se pusieron en marcha el caballero con toda su familia y Pedro.

Una vez en el hotel, sentáronse a la mesa y mui luego suculentos manjares vinieron a abrir el apetito de los comenzales. Concluido el primer servicio, preguntó Pedro cuánto debia.

—Cien pesos, contestó el hotelero.

Tomó Pedro su sombrero y doblándolo a la vista de todos, volvió a preguntar cuánto debia.

—Nada, replicóle el hotelero.

El caballero puso mucho cuidado en la virtud del sombrero de Pedro;

pero no quiso satisfacer su curiosidad sino hasta salir del hotel.

Se sirvieron nuevos platos y volvieron a repetir de nuevo las preguntas y respuestas, hasta que al fin se concluyó el valor del dinero que había dado Pedro.

No bien habían salido fuera de la puerta del hotel, cuando la curiosidad movió al caballero a preguntarle a Pedro cuál era la virtud que poseía su sombrero, pues él había visto con asombro que cada vez que Pedro pedía algo, con solo mover el sombrero era suficiente para pagar cuanto debía.

—¿Quieres venderme el sombrero? le dijo el caballero.

—No, señor, le dijo Pedro; con este sombrero soi el hombre mas feliz de la tierra, porque con él no sufro ni hambre, ni sed.

—Te doi mil pesos por él.

—No, señor.

—Te doi cinco mil pesos.

— Señor, dijo Pedro, si me da diez mil pesos, se lo cedo.

— Convenido, le contestó el caballero.

Pedro no quiso estar más a su servicio, y después de haber recibido el dinero, se despidió de su patron.

Dueño el caballero de aquella joya inestimable, invitó un domingo a muchas familias del pueblo a un banquete que tendría lugar en el hotel.

Aceptada la propuesta, empezó la comida, la que terminó a las once de la noche, cuando ya no quedaba ni licores ni manjares.

El caballero preguntó entonces cuánto debía.

— Diez mil pesos, contestó el hotelero.

Sacóse el sombrero nuestro héroe, y doblándolo con cuidado, dijo:

— ¿Cuánto debo?

— Diez mil pesos, señor.

Volvió de nuevo a doblarlo y de nuevo a preguntar cuánto debía,
—Diez mil pesos.

El caballero, asombrado con lo que le pasaba y no pudiendo conquistarse la virtud del sombrero, le firmó al hotelero un vale por los diez mil pesos.

Los comensales no podían sopor tar la risa al ver los apuros de su invitador, y se fueron comentando lo susodicho con risas y burlas sa tíricas.

DOMINUS VOBISCUM

La fama de las diabluras de Pe dro empezó a esparcirse en todas partes, y rara era la persona que no conocía aunque de nombre a Urde males.

El dinero adquirido lo guardaba cuidadosamente en una oscura cue va, que había sido en otro tiempo una mina de oro, dejando lo mas

necesario para sus pequeñas necesidades.

Su espíritu aventurero lo llevó a servir a la casa de un cura.

Allí cuidaba un hermoso jardín que era el deleite del cura y de dos hermanas de éste.

El primer dia que Pedro entró a servir y a la hora del medio dia, una de las hermanas del cura lo llamó y cuando éste estuvo a su presencia le preguntó cómo se llamaba!

—Ya-Me-Meo, contestóle el jardinero.

—Raro nombre, le replicó la dama.

—Ese fué el nombre con que se le antojó bautizarme el cura.

Despues del almuerzo llamólo el cura para que le ensillase un caballo mui hermoso que tenia, y cuando estuvo ensillado, le preguntó el cura por su nombre.

—Dominus Vobiscum, contestó el jardinero.

—Sube, le dijo el cura; este caballo y ponte mis espuelas, pues deseo ver la figura de mi caballo.

Calóse las espuelas Urdemales y subió sobre el caballo, el cual comenzó a encabritarse.

—Dale utra tirada, le dijo el cura.

Urdemales se la dió, y tan larga que el cura no vió ya más su hermoso corcel:

Al año siguiente, estando el cura predicando en la iglesia, aparecióse Pedro y fué a arrodillarse cerca de una de las hermanas del cura, la cual al fijar su vista sobre el descomedido, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ya-Me-Meo!!

Los devotos más cercanos a ella interrumpieron su meditación para mirar a la dama; Haciendo el cura igual demostración; pero al ver al jardinero gritó fuertemente:—¡De-

minus Vobiscum! ántes que este acto fuera necesario, y se abalanza al mismo tiempo para tomar a Urdemales; pero éste, mas ligero, voló fuera de la iglesia y montando en su caballo desapareció en la distancia,

APUESTA

Hacia tiempo que Pedro Urdemales vivia en un pueblo del norte, donde todos le conocian.

Un dia que habia salido para el campo, topóse con un apuesto mancebo que, montado sobre un brioso corcel, caminaba en direccion al pueblo.

Al ver a Pedro, se paró y le dijo:
—Vengo de ex-profeso de los Manzanos, solo con el objeto de hacerte una apuesta. Esta consiste en que no eres capaz de hacerme lesio.

—Señor, le respondió Urdemales, casualmente no ando trayendo mis

libros; pero si Ud. me facilita caballo puedo ir por ellos y entonces le admito la apuesta.

Facilitóle caballo el jóven y Pedro desapareció para siempre de la vista de su inocente contrario,

EL JILGUERO

Un caballero poseía una avecilla de las mas hermosas por el raro color de su plumaje. Unía a un blanco mate pintas de variados colores.

Urdemales había sido contratado por dicho caballero para el único objeto de cuidar aquella avecita.

Un dia que Urdemales quedó solo en la casa, pues el caballero y familia habían salido al campo, pasó un rico por la casa. Habiendo visto la rareza del jilguero, le propuso a Pedro que se lo vendiera.

—Esta avecilla no tiene precio, contestó Urdemales; pero sin em-

bargo, si Ud. se interesa, la puede llevar por mil pesos.

Aceptóle la proposición el pasajero y pagó el precio exigido en cambio del hermoso jilguero. Una hora después llegaba el dueño de casa; y habiendo encontrado a Pedro en cluquillas y tapando en el suelo algo con su sombrero, se aproximó a él y le preguntó qué era lo que con tanto cuidado tapaba:

— Señor, contestó Urdemales, por abrir la puerta de la jaula para darme de comer al jilguero, se voló éste con gran sentimiento mío; pero la suerte quiso que al seguirlo, hubo caído enredado bajo estas matas y aquí lo tengo tapado con mi sombrero.

Era todavía muy de mañana y la nieve blanqueaba la tierra; así es que el frío era intenso:

— Daos prisa, le dijo el caballero; tomadlo luego y marchemos.

— Pero, señor, contestó Urdemales, si levanto mi sombrero por al-

guna parte, el jilguero puede salir y perderse. Lo mejor que podemos hacer es que Ud. se quede en mi lugar mientras yo voi por la jaula.

Parecióle al caballero lo mas acertado el compromiso, y bajándose del caballo se quitó las espuelas y se las dió a Urdemales para que subiese en él.

Urdemales, despues de haber subido a caballo, le previno que por un pienso el caballero fuera a levantar el sombrero mientras él no regresara.

Pasaron dos o tres horas y no viendo venir a Urdemales, pretendió hacer un supremo esfuerzo y tomar la avecilla. En efecto, levantó con mucho cuidado el sombrero y sumerjió la otra mano a su centro; pero en lugar del jilguero apretó el excremento de Pedro.

En su desesperacion, sacudió con fuerza la mano, y para mal de sus

pecados, vino a dar tan fiero golpe con la fatal mano sobre una piedra, que por el inmenso dolor que le causó, olvidóse de lo demás y se chupó todos los dedos.....

—¡Maldición! exclamó en seguida; sin duda que este bribón no ha podido ser otro que Pedro Urdemales.

Dirigióse apresuradamente a su casa; y después de doble lavatorio de manos, fué a examinar la jaula; y como no la encontró en su lugar quedó sumerjido en la más profunda tristeza:

Urdemales había dispuesto de ella y del pájaro, amién de las cosas más importantes:

EL OBISPO

Había en una casa donde se encontraba alquilado Pedro, un si-

viente mudo que no podía pronunciar otra frase sino: *bueno será*.

Un dia compró Pedro las sotanas de un obispo y todo el vestuario con que estos sacerdotes se calzan, y se los caló al tonto.

—Mira, le dijo Pedro, te voi a dar diez pesos por andarerte trayendo en coche, vestido de obispo: ¿Conviénés?

—Bueno será, contestó el obispo en miniatura.

Tomaron un coche del servicio público y salieron a pasear. Llegados al frente de un gran almacén, Pedro gritó al cochero:

—¡Pare!

Bajáronse Urdemales y el obispo; dejando recomendarlo al cochero que esperase.

Entraron al almacén; y Pedro, después de un saludo afectuoso, le dijo que su patrón, el obispo, venía

a comprar algunas telas y demás mercaderías de importancia.

El dueño díjole que no había inconveniente para ello y que comenzara a pedir.

—¿No será bueno, señor, dijo Pedro al obispo, que tomemos doscientas piezas de esta tela riquísima?

—Bueno será.

—¿Tambien seria necesario cien piezas de este género?

—Bueno será.

—¿Y cucharas, cubiertos, tenedores de plata, como igualmente cincuenta docenas de platos de esta clase?

—Bueno será....

Completada la lista que ascendía a 1,500 pesos, Pedro llamó al cochero y le dijo que pusiera todas aquellas mercaderías dentro del coche.

Una vez hecho esto, Pedro subió y el cochero arrió:...

El comerciante quedó solo con el obispo, y después de sacar su cuenta, le pasó la lista, diciéndole:

—Será bueno que arregle esta cuentesita.

—Bueno será....

—Pero mejor sería que la arreglase luego, pues yo tengo que atender muchos negocios.

—Bueno será.

—Señor obispo! No más burla ¡vive Dios! Pagadme pronto!

—Bueno será.

—Si no me arregla pronto, me veré en la necesidad de mandarlo preso!

—Bueno será.....

Dicho y hecho. Un policial cargó con el obispo y se lo llevó a la *capacha*, donde, según se oyó decir después, por cada azote que le median, decía:

—¡Bueno será! Bueno será!....!!

AQUI VIENE!.., ALLA VA!..,

Habia una posada, situada mui cerca de una cancha de carreras, cuyo dueño era mui aficionado a toda clase de apuestas, y decia que jamás habia perdido una sola.

Llegó un dia Pedro Urdemales a la posada y el posadero salió a recibirlo, pero sin conocerlo.

—Caballero, buenos dias.

—Muchas gracias.

—¿Hai cebada o paja para mi caballo?

—Sí, señor. Lo que Ud. quiera.

—Mui bien. Ahora necesito un buen almuerzo, lo mejor que pueda Ud. poner a la mesa; igualmente los mejores vinos que tenga. Al mismo tiempo tendrá Ud. la bondad de acompañarme en el almuerzo.

—Bien, señor. Mientras voi a disponer del almuerzo, puede Ud. pasearse por el jardin.

El posadero fué a decir a su mujer que el caballero lo había convocado a almorzar, cosa que nunca había sucedido. Principió a ponerse su mejor ropa y fué a almorzar. Una vez que la mesa fué puesta, se sentaron los dos y principiaron a comer. Pedro comia como Elefante y bebia como Rinoceronte. La conversacion que se seguia era del modo siguiente:

—Señor patron, a Ud. le gusta mucho apostar y supe que nunca había perdido, decia Pedro.

—Caballero, jamás.

—Pues es raro. En la otra posada tiene su dueño un reloj de campana lo mismo que el suyo, y un dia no pudo sentarse al frente del reloj a decir «aquí viene, allá vá», marcando con el dedo la marcha de la péndula, por media hora; pues ántes de un cuarto de hora, mi compañero le dijo «aquí viene su señora», y se paró el posadero y

por su puesto perdió la apuesta que era de cincuenta pesos. ¿Qué le parece a Ud. este lesó?

—Oh! me parece que yo no haría tal cosa. Vamos a verlo! Bien! A la obra, patron! Marcando los cinco minutos que faltan para la media hora.

—Vamos! Aquí viene, allá vá!

—Pues apostemos mil pesos.

—Bien.

—Aquí tiene Ud. mi cartera que tiene dos mil pesos.

—Bien. Ya...

—Aquí viene, allá vá, siguió el posadero con el paso de la péndula.

—Mire, hombre, le interrumpió Urdemales, aquí viene su mujer.

—Aquí viene, allá vá.

—Patrón, su mozo está loco! Mire! Mire!!

—Aquí viene, allá vá.

Pedro seguía haciendo preguntas, pero siempre «Aquí viene, allá vá!»

Despues de veinte minutos, Pedro echó piés en polvorosa y desapareció.

El mozo del posadero llegó a la puerta del comedor y viendo a su patron sentado frente al reloj de campana diciendo «aquí viene, allá vá», fué a decir a la señora que el patron estaba loco, sentado ante el reloj, diciendo «aquí viene, allá vá!»

La señora entró y le dijo:

—¿Qué haces?

—Aquí viene, allá vá.

—Ya se fué el pasajero!

—Aquí viene, allá vá.

Por ultimo el reloj tocó la hora señalada. Se levantó el posadero y dijo:

—¡Ya gané, hijita!! ¿Donde está el pasajero?

—Leso! hace mas de tin cuarto de hora que se fué!

—¡Y me ha llevado mi cartera con dos mil pesos y el valor del al-

muerzo! ¡Caramba! Esta es la más sazonada apuesta que haya perdido en mi vida!

EL TESTAMENTO

Don Tomás Brito, rico propietario de un fundo, era soltero y vivía alegremente en medio de la soledad.

Sabiendo Urdemáles que don Tomás era ya bastante anciano, resolvió alquilarse allí para cuidar de la ancianidad de aquel caballero.

Presentóse a don Tomás y le hizo presente las circunstancias en que se hallaba. Admitiólo don Tomás en su servicio y desde ese momento a Urdemáles se le miró por los demás sirvientes como a mayordomo de casa.

Un año hacia que Pedro Urdemáles se hallaba en aquella casa, cuando los síntomas de una repen-

tina enfermedad postraron en cama a don Tomas Brito.

En el acto hizo mandar en busca del escribano para que estendiera el testamento. Mientras el escribano se aproximaba, don Tomas exhalaba su postrimer suspiro, y Urdemales que se encontraba próximo al enfermo, le amarró inmediatamente un manojo de cabello con una cuerda.

Llegó el escribano y comenzó a estender los primeros actos del testamento, y cuando ya fué necesario que don Tomas hablara para que manifestara sus últimas disposiciones; Pedro le preguntó a don Tomas:

—¿Dona Ud. a su mayordomo Pedro la cantidad de diez mil pesos?

Tiró Pedro la cuerda y el muerto movió la cabeza en señal de acentimiento. Quedó, pues, consignada

esta disposicion y varias otras en el testamento, y cuando el escribano concluyó su diligencia, preguntó al enfermo si firmaba. La cuerda se estiró en sentido contrario y don Tomas dijo *nó* con el movimiento de la cabeza.

Concluidos los requisitos *legales de costumbre* y legalizado el testamento en el archivo público, procedióse en breve a la reparticion de los bienes de don Tomas.

Una vez que Pedro Urdemales recibió su *donacion*, se dirigió al lugar donde existia el *banco* de su fortuna, y depositó allí sus nuevos capitales.

LA YEGUA

Habiéndose dirijido Urdemales para un pueblo del norte, tomó colocacion en un convento, donde el prior le tomó mucho cariño y le confió sus mas secretos pensamientos.

Acostumbraban reunirse muchos padres de su órden en la celda del prior y allí pasaban en constante orjía las semanas enteras.

Un dia que el prior se hallaba con los sesos trastornados con la turca nocturna, llamó a Urdemales y le dijo:

—Anda donde aquella señora que estuvo ayer tarde en mi confesionario y dile que vas por el encargo que le hice.

Hízolo así Pedro; pero la señora le dijo que el encargo era de mandarle una yegua que tenía en su pesebre.

Tomó Urdemales del diestro y tiró la yegua, llegando al teñir la oracion al convento, pues por la flaqueza del animal que mas parecia un horrible esqueleto, tuvo que hacerla descansar como veinte veces en el camino.

Pedro conocia que el prior lo ha-

bia mandado por alguna beata de aquellas que engañan a todo el mundo con su hipocrecía; y para acomodar el pastel, le surgió un admirable pensamiento que puso por obra en el instante.

Antes que ningún mozo del convento saliese a la portería, introdujo su compañera a la celda del prior y empujándola hacia la cama, le fué fácil acostarla sin gran trabajo, pues cuando aquel animal caía era difícil si no imposible que de nuevo volviera a levantarse. Tapóla lo mejor que pudo y fué a dar cuenta de su cometido.

Escusado será decir que por el desempeño el prior le diese una gruesa suma. Escapóse Pedro como pudo y se *mandó a cambiar*.

Serian las 10, poco más o menos, cuando los padres empezaron a disolverse, dejando solo al prior en su celda.

Desnudóse el prior y sin reparar en su cama, por el estado de beodez en que se encontraba, tendióse en la cama cuan largo éra y estirando sus brazos para darle una prueba con ellos de cariño a su compañera, aproximando al mismo tiempo sus labios para imprimir en los otros un ósculo de amor, cuandó la yegua, haciendo un gran esfuerzo, relincha con toda la fuerza de sus pulmones y se levanta de la cama después de haber dado un horrible mordizco en la cara del infeliz prior con su consiguiente docena de patadas que lo dejaron puesto fuera de combate.

Al dia siguiente penetraron los mozos a saber de la salud del prior, y solo hallaron su cuerpo yerto y la yegua parada cerca de la cama.

El susto fué mayúsculo; porque creian que era el mismo diablo en

persona, la horrible figura de la yegua.

Calmados los ánimos, entraron de nuevo y colocaron el cuerpo del prior en una de las catacumbas del templo junto con la yegua, quedando todo aquello encerrado en el misterioso convento.

EL SAPO

Samuel Cambuchó, agricultor, hacendado y muy apostador en toda clase de juegos, tenía caballos corredores, perros de raza ingles, gatos y varios otros vichos de la especie animal; pero siempre perdía su dinero en las apuestas.

Un día dijo entre sí:

—Voy a buscar un sapo para enseñarle a saltar. Puede ser que con alguna persona pueda hacer una apuesta.

Dicho y hecho. Buscó un sapo y

lo principió a criar en un cajoncito terrado con una tapa de vidrio, dándole que comer cuantos insectos hallaba, etc. Todos los días enseñába-lo a saltar y le puso por nombre *Top*.

Un dia que estaba Samuel con su *Top* en la calle principal y en la puerta de la posada, llegó Pedro Urdemales sobre un hermoso alazan y mirando a Samuel y a su sapo, preguntó a Samuel:

— ¿Qué hace Ud. con ese sapo?

— Este sapo joh! salta mas que ningun otro en todo el departamento, y apuestó todo lo que quería a qué no me la gana.

— Vaya, hombre! contestó Pedro, y mirando el sapo de abajo para arriba, agregó: yo no le veo ninguna diferencia a este sapo; es lo mismo que otro cualquiera.

— Yo le apuesto a Ud. mil pesos a que no le gana ningun otro sapo al mio; para saltar:

— Bien, yo le apuesto; afloje la plata y mámos a la obra.

— Aquí la tiene. Queda Ud. en mi lugar mientras yo voi a buscar otro sapo.

Samuel fué a pantalones remangados a buscar un sapo en una laguna cercana; y mientras éste andaba en esta operación, Pedro Urdeemales abrió la boca del sapo y le hizo tragar una cucharada de municiones, con lo cual el sapo tenía que quedar plantado en la catrera.

Llegó Samuel y dijo:

— Aquí tiene Ud. un sapo. Póngámoslo ahora en la raya, y a la tina, dos, tres; saltarán:

— Ya está.

— Uno, dos, tres, ¡saltar!

El sapo de Samuel no se movió, quedando el dueño todo confuso y casi desmayado:

— ¿Qué contiene ésto? dijo:

Urdeemales lo miró y le dijo:

—¿No le decia yo, amigo, que un sapo cualquiera era lo mismo que el suyo? Adios! Adios!

Despues que salió Pedro, Samuel quedó mirando a su sapo y dijo:

—Me parece que está mui hinchado mi Tóp.

Y tomándolo de las patas lo puso boca abajo y el sapo, abriendo la boca, arrojó como dos onzas de municion.

—¡Caramba! gritó Samuel. Tráiganme un caballo para alcanzar al pícaro y matarlo!

Pero segun la historia, no lo alcanzó ni se han visto mas hasta ahora.

—¡Vaya! agregó Samuel. No hai juego sin maula! ¡No sé qué animal pueda criar para ganar una apuesta!

EL CIENTO POR UNO

Un dia domingo pasaba Pedro Urdeñales frente a una Iglesia;

cuando un clérigo se ocupaba en pronunciar un discurso. Llamóle la atención a Pedro y entró a la Iglesia para oír lo que decía el cura:

En medio del discurso, el cura dijo:

—No creáis, hijos míos; que la limosna que dais a la Iglesia no tiene vuelta: Dios recompensa el centavo por tanto; o lo que es lo mismo, si dais un centavo a la Iglesia; Dios os lo recompensa con cien.

—¡Qué ganga! dijo entre sí Pedro.

Y salió de la Iglesia para ir en busca de un buey, y poco después volvió con él donde el cura y se lo regaló.

—Muchas gracias, hijo, contestó el cura. Dios os lo pagará.

Luego el señor pollerudo mandó a un mozo a dejar el buey a un potero de su propiedad, donde tenía una cantidad considerable de

animales. Pero apenas estuvo una hora el buei en el potrero, cuando rompió la cerca y salió de él, siguiéndolo mas de cien animales. Todo este piñón seguía al buei que antes era de Pedro, el cual caminaba hacia la quinta de donde éste lo había sacado y en la cual vivía.

Mui poco faltaba para que los animales llegaran a la quinta donde vivía Pedro, cuando éste los vió, y como conoció a su buei que iba adelante, exclamó:

—¡Oh! allí viene la recompensa! A mi buei le siguen como cien animales. ¡Bien decía el cura que Dios recompensa el ciento por uno!

Pero momentos después llegaron a buscar los animales; y Pedro, que se creía dueño de ellos, se encara diciendo:

—Díganle al cura que Dios recompensa el ciento por uno, y que como yo le dí un buei, probablemente me pertenecen cien. Si a mí

buei han seguido mas de cien animales, pueden llevar los demas, pero por ningun motivo los cien que Dios me ha recompensado.

Contaron los animales y habia ciento treinta, de modo que tambien solo treinta pudieron llevar, y dieron parte al cura de lo sucedido,

El cura, al saber esto, dijo:

—Díganle a ese *bruto* que Dios no recompensa en la tierra sino en el cielo, y que entregue mis animales.

Dijeron esto a Urdemales, pero éste contestó:

—El cura no dijo así en su discurso, y por eso yo le dí mi buei. Por otra parte, en el cielo yo no necesito hacienda.

Fuéreronse los mozos, y como Pedro no quiso que lo fueran a molestar mas, arrió los animales hasta que halló a quien venderlos.

Hecho esto, siguió su marcha para irse a vivir a otra parte,

LOS CIEGOS LADRONES

Un día que iba Pedro en dirección de una de aquellas aldeas mas antiguas de Chile, vió al llegar al puente vecino a la villa un ciego que pedía limosna.

Acercóse reposadamente a éste y sacando un peso de la bolsa que llevaba, se lo dió.

El ciego, al sentir el ruido que formaba la plata en la bolsa, exclamó:

—Señorito, amito, dejadme por un momento tomar en mis manos esa bolsa, que luego os la devolveré.

Pasóle la talega Urdemales para que satisfaciera su curiosidad. El ciego tomó la bolsa y guardósela incontinenti.

Al ver esto Urdemales, le pide la bolsa; pero el ciego le dijo que no le tenía bolsa alguna.

Desmontóse Pedro de su caballo y se cruza con el ciego, pidiéndole el dinero. En esto llega la ronda, y encarándose Urdemales les dijo que el ciego le tenía una bolsa con dinero y que no se la quería entregar.

—Es falso, contestó el ciego; es él quien me quiere robar.

La ronda dióle crédito al ciego, y pretendieron llevárselo a la cárcel a Urdemales. Pero por las súplicas y lamentos hubieron de dejarlo.

Mientras tanto, el caballo de Pedro había huido, sin saber para dónde.

En fin, afirmóse a una de las barandas del puente, y cuando fué la hora del crepúsculo, el ciego se le vantó y empezó a caminar en dirección a su casa.

El ciego iba solo y Pedro lo si-

guió, pero sin hacer el menor ruido.

Dió vuelta la plaza y al llegar a una casa bastante grande se detuvo y sacando una llave abrió la puerta y entró y Pedro colóse sin el menor ruido.

Una vez que estuvo adentro, sacó su bolsa y comenzó a contar el dinero.

—¡Doscientos pesos! dijo el ciego.

En seguida la amarró de nuevo y comenzó a tirarla para arriba, pelloteándola con las manos.

—¡Mi pichona! le decía.

En seguida la tiró mas fuerte y Pedro la tomó sin meter ruido. El ciego quedó con las manos levantadas, diciendo:

—¡Pichoncita mia, vuelve a mis brazos!

Pero la pichona no volvia.

Entonces el ciego la busca por el suelo, se arrastra, recorre todo el

cuanto, y no pudiendo encontrar a la pichona, se desespera y comenzó a gritar:

—El Diablo en las piezas! El Diablo en las piezas!

A los gritos acudió otro ciego y le preguntó por qué gritaba.

—¿No he de gritar, decía, cuando el Diablo me llevó mi bolsa en este mismo instante?

—Eres mui tonto, le dijo el otro; yo no acostumbro jamás contar la plata y así no se me perderá, pues en cuanto llego la guardo debajo de mi almohada.

Pedro, al oir esto, se metió a la pieza del otro ciego, buscó en la cama la bolsa y se hizo a un lado.

—Para que te desengañes, agregaba el ciego, vamos a mi pieza.

Fueron, pero no hallando la bolsa en su lugar, empezaron a gritar de nuevo:

—El Diablo en las piezas! El Diablo en las piezas!

Llega otro ciego, y habiendo sabido el motivo de los gritos, dice:

—Ustedes no saben guardar su plata. Yo, cada vez que llego, guardo mi bolsa debajo del primer ladrillo que hai á la entrada de mi aposento y así no sé me pierde nunca.

Pedro levantó el ladrillo y encontró la tercera bolsa.

Fueron a desengañarse y quedaron mas engañados.

—¡El Diablo en las piezas! El Diablo en las piezas! gritaban.

En fin, despues que Pedro descubrió casi todas las bolsas de los ciegos, se salió puerta fuera. Al llegar al puente vió que un hombre traia del diestro su caballo, y dándole un peso por el servicio, subió y se fué.

Poco despues, la ronda sintió los gritos que formaban los ciegos, y uno de los alguaciles le dijo al jefe:

—Señor, estos ciegos siempre han

tenido fama de ladrones, segun
cuentan muchas personas. ¿Pase-
mos a saber por qué meten tanta
bulla?

El que hacia de jefe hizo abrir
la puerta y penetrando para el inte-
rior preguntó qué era lo que pasaba,

—Señor, respondieron los ciegos,
un ladron ha penetrado en nues-
tro aposento y nos ha robado todo
lo que poseíamos. Entregadnos al
ladron.

—Bien! díjoles el jefe. Tomad
cada uno de vosotros un garrote y
seguidme. Vosotros mismos casti-
gareis a los ladrones.

Salieron tras del jefe, y una vez
llegados a una de las esquinas de la
plaza, separó diez del grupo y les
dijo que marchasen por la derecha,
y a los otros diez por la izquierda.
Cuando estuvieron frente a frente
los dos grupos, les gritó el jefe:

—Ahí teneis delante de vosotros
a los ladrones!

Los ciegos se avalanzan unos contra otros, y fué tal la batalla, que la sangre corría por el suelo; hasta que ya estenuados y fuera de combate muchos, se retiraron a sus primeras posesiones:

De este modo, Pedro Urdemales quedó vengado.

LA OREJA

Un día cierto cura fué llamado del campo para que prestara los últimos auxilios a un enfermo.

El cura fué montado en un tan lindo corcel, que nunca había querido venderlo por tenerlo en mucha estima.

Despues de prestar los auxilios que se le había solicitado, pasó a casa de una hermosa niña que se encontraba en cinta. La niña en cuestión era *media-naranja* de Pedro Urdemales y se llamaba *Mañuela*.

Despues que el cura cambió algunas palabras con Manuela y despues de fijar detenidamente la vista sobre ella, le dijo:

—Hija, es lástima que la criatura que vais a dar a luz tenga solo una oreja..... Si convienes, yo podría hacerle la otra que le falta.....

Manuela se ruboriza y no contesta una palabra; pero el cura brión sigue exigiendo, hasta que al fin consiguió que se le permitiese....*hacer una oreja!*.....

Una hora despues, Pedro llegó y Manuela le comunicó lo que había sucedido:

—¡Diablos! dijo Pedro. Pero te ha de costar bien caro la.....oreja, curita.

Se dirijió entonces al pueblo, y en la noche se introdujo a la casa del cura, sacó un cortaplumas y le cortó una oreja al caballo que el cura tanto estimaba.

Al otro dia el cura notó que a

su caballo le faltaba una oreja, y como no pudo descubrir al autor, se puso en la puerta de su casa a decir a cuantos pasaban:

—Mira, te doi cien pesos porque me digas, si sabes, quién le cortó una oreja a mi caballo:

Pasó Urdemales y el cura le repitió la *tonadita*. Pedro contestó:

—Si me dá primero los cien pesos, le digo quién fué.

Aceptó el cura y le dió los cien pesos que habria bolseado no sabemos a cuántos pobres.

Pedro dijo entonces:

—Yo fuí quien le corté una oreja a su caballo. Pero como Ud. estan bueno para hacer orejas, creo no le costará mucho hacerle también otra a su caballo.

El cura, lleno de vergüenza, dirige otra vez la mano al bolsillo y dice a Pedro:

—¡Chit! ¡Toma otros cien pesos en pago del secreto!!

EL MUERTO RESUCITADO

Vivía en una pobre aldea de los alrededores de un pueblo una señora casada en segundas nupcias con un hombre que la hacía feliz con su trabajo y esmerado cariño que le profesaba.

Habiendo ido un día su marido al campo, quedó sola en su casa, pues no tenía familia. Serían como las 10 de la mañana, cuando se le presentó un hombre todo andrajoso y en un estado mísero, llevando cubierto sólo ciertas partes del cuerpo; su fóstrom era un color cadavérico. Al verlo la señora, le preguntó:

— ¿De esta vida o de la otra?

El interrogado, que era el siniestro Pedro Urdemales, contestó:

— De la otra.

Y como la señora fuese un poco fontona, creyó en esta aseveración y pregunta a Urdemales por su primer esposo:

Pedro le dijo que estaba bueno, pero que estaba muy pobre, mas que él mismo, y que lo enviaba para que le mandase ropa y comida, de lo que se contentó mucho la inocente señora, y le arregló la mejor ropa de su marido para mandarle a su esposo muerto y tambien una buena provicion de comestibles, despues de haber satisfecho a Pedro. En seguida éste se despidió y se fué.

Al poco rato llega su marido del trabajo y la señora le cuenta lo que le había sucedido con el hombre del otro mundo, y al saber lo que había mandado, se enfada y ensilla su caballo para seguir al muerto resucitado, por creer que no fuese otro sino Pedro Urdemales.

Serian como las doce del mismo dia, cuando dió alcance a Pedro. Este, al verlo ir en su direccion, se imaginó no fuera otro que el esposo de la señora a quien había petar-

deadó, y no teniendo de que medio valersé para librarse de su perseguidor, recurre a sus habituales astucias, y habiendo a inmediaciones del camino una enorme piedra, se dirige con gran prisa hacia ella y se pone a hacer fuerza, haciendo mención de sujetarla:

Estaba en esta operación cuando llegó su perseguidor. Al verlo Pedro, se queda abismado y lleno de un terror pánico, esperando lo que podría sucederle. El recién llegado le preguntó:

— ¿Qué hace ahí, mi amigo?

Pedro, al verse tratado con tanta cordialidad y cariño, y ya un poco vuelto en sí, le contestó:

— Estoi sujetando esta piedra para que el mundo no se acabe, y si dejo de sujetarla, éste se concluye. Ya voi estando muí cansado.

Al oír esto el recién llegado, se desmonta y va a ayudar a sujetar

la piedra. Despues de una hora le dice Urdemales a su compañero que le preste caballo para ir a buscar a otras personas para que fuesen a ayudar.

Consiente el otro y Pedro sube a caballo y rápidamente desaparece, dejando burlados al perseguidor y a su esposa:

NUESTRA SEÑORA DEL SALTO

Un dia que Pedro Urdemales se encontraba pensando el modo como conieter una diablura, se le ocurrió una que luego puso en práctica.

Tomó una laucha y la encerró en un cajoncito decentemente arreglado y salió a andar.

Poco había andado cuando llegó a una casa de campo, donde despues del saludo de costumbre, en-

tabló conversacion con la señora dueño de casa.

Entre otras cosas, Pedro dijo que el cajoncito llevaba a *Nuestra Señora del Salto* que los padres de un convento le habian dado con el objeto de que pidiera limosna para dicho convento. Despues dijo que tenia que ir a casa de un amigo y que le hiciesen el servicio de tenerle la *santa* mientras él volvia. Recomendó que no abriéran el cajoncito, porque la *santa* huiria.

Pero apenas habia salido Pedro, cuando la curiosidad movieron a las hijas de la señora a abrir el cajoncito, y la laucha sale de él y se escapa.

Poco despues llegó Pedro, y se encontró con que el cajoncito habia sido abierto y la *santa* habia huido.

—Caballero, díjole la señora, le daré cien pesos por la *santa*.

—Señora, contestó Pedro, por

Hacerle un favor le admitiré doscientos pesos. No sé si los padres me tengan preso por la pérdida de la *santa*.

Aceptó la señora, y Pedro se fué riendo de su diablura.

LAS ADIVINANZAS

Habia un *cacique*, cuyo gusto por las adivinanzas difíciles era proverbial. Casi no había adivinanza que no supiese.

Un dia que estaba solo en su *ruca*, mandó llamar a todos los indios y mocetones de los contornos y les propuso un convenio, por el cual ofrecia mil pesos a aquel que le trajese una adivinanza rara y que él no pudiese adivinar; en caso de solucionarla, perdía el que la echaba igual cantidad y si no tenia, respondia con su vida.

Llegó esta noticia a oídos de Ur-

demales, y prontamente ensilló su yegua castaña mas vieja que las ánimas benditas; llamada *Pabla*.

La *media-naranja* de Urdemales, habiendo sabido de lo que se trataba, le hizo dos tortillas; a una de las cuales le puso veneno para que muriese por el camino en lugar de ser descuartizado por el casique.

Diez leguas había caminado cuando sintiendo que el barómetro de su estómago marcaba cincuenta grados bajo hambre, se vió obligado a desmontarse para hacer su desayuno.

Tomó una de las tortillas para hacer su frugal aunque seco desayuno.

Como a la yegua la había acostumbrado a comer pan, queso, galletas y varias otras cosas, le participó con la segunda tortilla. Apenas tragó una masticada, cuando la yegua comenzó a sentir los sínto-

más horribles del veneno, espirando momentos después.

Urdemales contempló con lágrimas en los ojos las convulsiones de su Pabla, pero tuvo la suficiente entereza de desnudarla de la montura y freno y se alejó de aquel sitio, episodio de muerte.

Se aproximó a la sombra de un frondoso roble y a poco rato divisó que tres jotes bajaban de la altura en dirección de su Pabla. Principiaron estos su operación por los ojos de la yegua; pero apenas habían tocado los párpados de Pabla, cuando cayeron muertos por efecto del veneno.

Urdemales, medio triste y medio alegre, empezó a *urdir* una solemne adivinanza que ni el Diablo podría dar con su solución. Viendo a su Pabla muerta juntamente con los tres jotes, dijo:

—Pabla muerta mató a tres.

Poco después llegan otros siete

jotes y se comieron a los tres primeros, tocándeles la misma suerte: Entonces dijo Pedro:

«Pabla muerta mató a tres
«Y tres mataron a siete.»

Pedro siguió su camino, y al llegar a un caudaloso río divisó en medio de la corriente un cadáver que flotaba sobre las aguas y tres cuervos que venían sobre el cadáver picoteándolo:

Pedro pensó entonces en su adineranza y añadió:

«Mete lo duro a lo blando
«Y lo van cargando tres.»

Urdemales llevaba, pues, el problema más difícil al sabio casique; y olvidándose de su Pabla y de las penalidades de su marcha, prosiguió su camino de a pie.

A los pocos días después se presentaba a la vista del cacique y le

Endilgaba la siguiente adivinanza:

«Pabla muerta mató a tres
«Y tres mataron a siete.
«Mete lo duro a lo blando
«Y lo van cargando tres.»

El cacique se vió inmediatamente confundido, y no sabiendo qué solución darle, se vió obligado a pagarle los mil pesos que había ofrecido.

EL PASTEL

Un dia supo Urdemales que en cierto pueblo iba á tener lugar el matrimonio de un joven y una señorita de la alta sociedad.

A la fiesta se había invitado innumerables personas, tanto del pueblo como del campo y ciudades vecinas.

Pedro tambien quiso tener participación en dicho acto, y el dia anterior en que éste iba a tener lu-

gar, fué a informarse de las comidas que se iban a servir. Supo que, entre otras cosas, se preparaba un gran pastel, como no se habría saboreado nunca.

Aprovechando el descuido de los de la casa, Urdemales tomó un balde y se dirigió a un monte, donde lo llenó con cuanta clase de excrementos encontró.

Al otro día arregló un pastel de lo que contenía el balde y lo puso sobre una pequeña bateda. Como a las seis de la tarde se dirigió a la casa del matrimonio, llevando consigo un traje de mujer que había escamoteado. Se ocultó tras de la cocina, donde oía cuanto se hablaba y veía lo que se hacia en ella.

Poco después oyó que una sirvienta dijo que ya era hora de poner al horno el pastel. Entonces se puso el traje de mujer que tenía.

Apenas se había mudado de ro-

pa, cuando llegaron de la Iglesia los desposados y la comitiva.

Pedro aprovechó del entusiasmo que reinaba para robarse el pastel que ya estaba bueno para servirlo. Cuando había en la cocina solo una sirvienta, Urdemales se dirigió a la cocina, y una vez que estuvo en la puerta de ella, dijo a la sirvienta:

—¡Dijo el caballero que fueras *ligerito!!*

Salió de prisa la inocente, sin fijarse en Pedro; llegó a la casa, pero el caballero le dijo que no la necesitaba.

Mientras que esto sucedía, Pedro sacó del horno el pastel y en su lugar dejó el que él había hecho, huyendo inmediatamente.

Por fin llegó la hora en que debía principiar la comida y también el momento en que debía servirse el pastel. En efecto, éste fué llevado a la mesa y se intentó servirlo; pero apenas fué abierto, cuando res-

piraron las inmündicias que contenía. La gente no podía soportar el olfato, y los que no salieron para fuera tuvieron que taparse las narices con sus respectivos pañuelos.

La vergüenza fué mayúscula, y tan mayúscula que los invitadores tuvieron que salir de la casa para no volver sino cuando ya se habían ido todos los invitados.

Mientras esto sucedía, Urdemales se servía el pastel en compañía de varios amigos.

LA SÁBANA

Un caballero que sabía que Pedro Urdemales era un bribón de primera, mandó un día a llamarlo y cuando estuvo a su presencia le dijo:

—Sé que tú eres mui aplicado a hacerle mal al prójimo y que nunca has sido castigado por tus delitos. ¿No es verdad?

—Sí, señor, contestó Pedro.

— Bien, Ahora te voi a hacer una proposicion, pero con la condicion de que si no cumples con tu cometido, te haré dar cien azotes, si cumples, en cambio te daré mil pesos. ¿Convienes?

— Sí, señor.

— La proposicion de que te hablo, agregaba el caballero, es la siguiente: esta noche tú me robarás una de las sábanas de mi cama. Si no lo haces, ya sabes la pena que tienes.

— Convenido, señor, dijo Pedro.

Y se dirijió al cementerio y en la noche se introdujo a él y sacó un cuerpo que había sido enterrado el mismo dia. Entonces se fué a un monte que había cerca de la casa en que iba a tener lugar el robo; ahí se estuvo hasta las diez de la noche, hora en que se dirijió a la casa, llevando el cuerpo en la grua del caballo.

La tarea de penetrar al dormitorio y robar una sábana de la ca-

ma en la cual dormian dos personas, era, pues, de las mas difíciles; pero para Pedro no fué mucho.

El caballero había hecho abrir en la ventana del dormitorio un agujero, por el cual pensaba tirarle a Pedro.

Urdemales se apoyó a la ventana y por el agujero fijó su vista hacia dentro, pero tuvo que retirarse, pues vió que el caballero tomó una escopeta y apuntaba en su dirección.

Pedro tomó entonces el cuerpo y lo afirmó en la ventana, de modo que la cara diera en el agujero, sosteniéndolo a brazos estirados.

Momentos despues se estrellan dos balas en la cara del cuerpo, y Pedro lo deja caer instantáneamente.

El caballero esclamó:

—¡Al fin murió este diablo!!

Y se levanta apresuradamente a ocultar el cuerpo en la pesebrera.

Pedro, que no podía soportar la risa, corre al dormitorio y sube a la cama diciendo a la señora;

—Allégate para allá, hijita!....

Y sacó una sábana de la cama y salió para fuera, diciendo que iba a atrancar la puerta que había quedado abierta.

No bien había salido de la casa, cuando el caballero volvía de la pesebrera, de modo que la señora quedó creída que había sido su esposo el que estuvo en su cama.

Al otro dia, cuando apenas se habían levantado el caballero y su esposa, apareció Urdemales con la sábana en las manos. Al verlo, corrieron a la cama y notaron que faltaba una sábana, quedando sorprendidos y admirados. Viéronse obligados, en consecuencia, a dar mil pesos a Pedro.

ADIVINANZA SIN SOLUCION

Era una noche tempestuosa.

En una casa de campo se hallaban reunidos una multitud de tertulios entretenidos en solucionar adivinanzas de variados matices.

Llegó Pedro en el instante en que el dueño de una adivinanza que no había sido solucionada recibía el premio de un peso que tenía que pagarle cada tertulio.

Al llegar Pedro formó parte de la alegre concurrencia y preguntó cuáles eran las condiciones de las adivinanzas.

—Las siguientes, contestó el dueño de casa: si Ud. echa una adivinanza, todos son obligados a solucionarla, y si no le dan su verdadero significado, le pagará un peso cada uno de los oyentes. Ud. deberá ir recibiendo su dinero en su respectivo sombrero.

Pedro propuso entonces la siguiente:

— «¿Cómo se podrá freir un huevo en dos sartenes a la vez, sin partir el huevo ni juntar los sartenes?»

Todos comenzaron a estudiar el difícil si no imposible problema propuesto por Urdemales.

Basó una hora y no pudiendo dar con el significado, se dieron todos por vencidos.

Paróse Urdemales y sacándose el sombrero principió a recojer su pago que pasó de cuarenta pesos. Cuando no hubo quedado nadie sin pagar, Pedro sacó un peso de su bolsillo y echándolo también al sombrero, dijo:

— Caballeros, yo tampoco sé cuál sea su significado.

Acto continuo se despidió y se fué, dejando con un palmo de narices a los tertulios.

EL TESORO

Andando por la montaña Pedro Urdemales, encontróse con un fraile jesuita que andaba fanatizando a los montañeses por medio de sermones y pláticas religiosas.

—¿Cómo lo pasa, mi buen padre? le dijo Urdemales.

—Perfectamente, hermano, le replicó el jesuita.

—Quisiera comunicarle un secreto de mucha importancia... pero despues no quisiera....

—Diga no mas, hermano, que si en mi mano está la salvación, yo, como apóstol de Jesu-Cristo, pudiendo ayudar a Ud. en cualquier trance.

—El caso es, padre.... me dan ganas de no decirle, porque Ud. se lo llevará todo y a mí no me dará nada!....

El jesuita empezó a crer que se

trataba de alguna cosa de suma importancia.

—Pues, hermano, no ténga Ud. empacho en comunicarme su secreto. Hable con entera confianza, pues un ministro del Altísimo no puede comunicar a nadie, excepto a Dios, la confesión de los demás seres racionales.

—En fin, padre, ha de saber Ud. que soy poseedor de un rico tesoro. Este está oculto a las miradas del hombre y solo un apóstol como Ud. puede penetrar al fondo de la gruta donde el tesoro se encuentra y adueñarse de él. Si Ud. me diera diez mil pesos, le mostraría la gruta donde se encuentra.

—Eso es imposible, hermano, le respondió el jesuita, porque ¿cuál es el motivo para que un hombre como Ud. no pueda tomar ese tesoro?

—La razón es muy sencilla, padre. Ha de saber su paternidad que

La noche en que yo vine al mundo entre las brumas de las olas, se le apareció a mi padre una vision angelical en medio del peligro y le dijo: —«Tú te salvarás de este peligro, pero vivirás siempre pobre; mas tu hijo, con el tiempo, será poseedor de un tesoro que está oculto a la vista de los mortales y que nadie puede tomarlo mientras no sea por uno de los apóstoles de Jesu-Cristo. Este solo podrá desenterrarlo y participarlo a su dueño.»—Ya ve, pues, padre, cuál es el motivo porque yo ni nadie puede tocarlo, por lo que a Ud. quiero participarlo, haciéndolo inmensamente poderoso. ¿Acepta?

—Sí, hermano, pero con esta condicion: Ud. me llevará a la gruta donde existe el tesoro y una vez que me la muestre, puedo darle el dinero que me pide.

--Convengo, replicó Urdemales; pero Ud. tambien, buen padre, me

hará partícipe de esta felicidad.

—Sí, pues, hermano, puesto que por Ud. voi a ser el mas feliz de los mortales.

—Amen! dijo para sí Pedro.

Contento el fraile y mui formal Urdemales, se encaminaron a la deseada gruta.

Por fin los viajeros hicieron alto al llegar bajo la enramada que formaban cien corpulentos robles. En medio de este grupo de árboles había un gran peñasco y al lado izquierdo de éste se encontraba la gruta apetecida.

—Esta es, le dijo Pedro.

—¡Y qué profunda! replicó el jesuita.

—No dejará de tener por lo menos treinta metros, añadió Pedro.

—Y para descolgarme, ¿cómo lo efectuamos?

—Es mui sencillo: se encuentra siempre en los bosques una *huirca*

llamada *boqui*, tan larga y firme como el mejor lazo.

—Busquemos, pues; el boqui, dijo el fraile que estaba loco por hallar luego el tesoro.

Poco rato despues volvian trayendo un rollo de boqui, y procedieron a efectuar los aprestos para la bajada del fraile al fondo de la gruta.

El jesuita sacó entonces una bolsa que contenía veintemil escudos de oro y se los pasó a Urdemales.

—Ahora sí, dijo Urdemales descolgando al fraile; cuando sea Ud. poseedor de tan inmensa riqueza, no se olvide de su buen amigo.

—Pierda cuidado, hermano, que le aseguro darle por lo menos cien mil pesos más cuando salga.

Pedro dió cuerda y el fraile bajaba y bajaba hasta que al fin dió con el fondo.

—¿Está el tesoro? le preguntó Urdemales.

—Poco a poco, hermano, le respondió la voz caberniosa del fraile:

—Padre, agregó Pedro, ¿cuánto diera su paternidad por ser lo que yo soy?....

El silencio mas profundo fué la única respuesta.

—Padre, ¡qué egoísta sé ha puesto, ahora que ya es dueño del tesoro!

El mismo silencio.

—¡Padre de todos los demonios, aprovechad bien vuestro tesoro que yo tendré cuidado con el tuyo! ¡Adios!....

Dos dias despues de este suceso acercóse un ovejero al sentir los débiles gritos del fraile, y poniendo oido a los lamentos, oyó que decia:

—¡Sacadme, hermano en Jesucristo, pues no quiero poseer ningun tesoro!

Como la cuerda se encontraba a la mano, el ovejero tiró y momen-

tos despues salia el jesuita a la
mansion de los justos.

Despues de dar gracias a su sal-
vador, se despidió de aquel sitio
fatal, donde estuvo espuesto a mor-
rir sin socorro.

LA GUITARRA

Eran tan numerosas las quejas
que contra Urdemales recibia la
autoridad, que casi no habia dia
que una partida de hombres tenia
que salir en su persecucion.

Pero todo era en vano, pues Pe-
dro se escapaba o engañaba a sus
perseguidores.

Un dia se encontraba en una ca-
sa de campo y vió que una partida
de individuos armados se dirijia hâ-
cia la casa donde se encontraba.

Pedro sospechó que se le queria
llevar preso; e inmediatamente se
puso a pensar el modo como enga-
ñarlos, ya que no contaba con el

tiempo necesario para emprender la fuga. En efecto, toma una guitarra y dice a uno de los de la caza:

—Mire, amigo, allí viene una partida de hombres que indudablemente vienen con el objeto de llevarme preso; pero yo libraré si Ud. me hace un servicio, que consiste en que se tienda en la sala de la casa haciéndose muerto; cuando lleguen yo principiaré a tocar y Ud. irá moviendo una pierna, después la otra y así todos los miembros del cuerpo; pero todo lo hace con mucha pausa a medida que yo toque, hasta que al fin se siente y se pare. ¿Conviene?

—Sí, amigo.

Inmediatamente se hace muerto en la sala de la casa. En esto llega la partida de caza y pretende sacar para fuera a Pedro; pero éste les dice:

—Háganme el favor de esperar-

me un momento, mientras que resucito a este amigo que ha muerto.

Y seguia tocando y el muerto movia las piernas poco a poco.

Admiráronse de la virtud de la guitarra y preguntaron a Pedro:

—¿Que resucitan los muertos tocándoles esa guitarra?

—Sí, pues! ¿No vén que este muerto está resucitando?

Los inocentes creyeron y propusieron a Pedro el siguiente convenio:

—¿Quieres darnos la guitarra porque no te llevemos preso?

—Ba! contestó Pedro. ¿Creen Uds. que temo ir preso? Sin embargo, si me dan diez pesos y me dejan, les daré mi guitarra.

Mientras esto hablabla, el muerto resucitó, y cuando esto vieron los pobres diablos, quedaron tan interesados a la guitarra, que tuvieron que dejar a Pedro y darle diez pesos a fin de obtener la gui-

tarra cuya única virtud era la de poseer malas cuerdas;

UN BANDIDO ENGAÑADO

Habia un famoso bandido que no tenia rival ni en las montañas de Méjico. A este tal nadie lo podia engañar.

Supo esto Pedro Urdemales y un dia llegó a la casa del bandido y le dijo que estaba tan pobre que no tenia qué comer.

—¿Y qué tal eres para robar? le preguntó el ladron.

—Señor, le contestó Pedro, nunca he robado.

—Pues, si quieres comer, es preciso robar. Si quieres venirte conmigo, puedo enseñarte este buen oficio.

—Acepto, contestó Pedro.

—Pues, has de saber que hai en estas inmediaciones un hombre que

posee muchas riquezas. Esta noche daremos un golpe. ¿Te atreves?

—Sí.

Salieron poco despues de la oracion con una burra que manejaba el bandido.

—Este caballero tiene una vaca, la cosa mas preciosa; pero la tiene mui oculta. Si erramos el golpe, mañana estaremos ante la justicia, pero si lo acertamos, tendremos unos cuantos dias de regocijo.

Mientras conversaban, seguian su camino y la noche se iba oscureciendo mas y mas.

Por fin llegaron al sitio donde con tanto cuidado estaba el objeto de sus aspiraciones, y aprovechando de la completa oscuridad pudieron sacar la vaca y llevarla hacia una espesa montaña que distaba de allí como una caminata de dos horas.

Apenas hubieron llegado al es-

presado sitio, ambos manearon la vaca y la mataron en seguida.

Hecho esto, cargaron la burra con carne y el bandido dijo a Pedro que, mientras él se lavaba las manos, podía seguir caminando con la burra.

No bien se hubo adelantado Pedro del bandido, cuando comenzó a asotar fuertemente a un cuero seco que había traído de propio mítuo. Al mismo tiempo gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ya no lo hago mas, señorito!!
¡Ai! amito querido! perdonadme!!
¡Compacion!!

Mas atrás venia el bandido, y habiendo oido los gritos de Pedro y los azotes que resonaban fuertemente en el bosque, desamparó aquel paraje y emprendió la fuga por otro punto mas estratégico.

Pedro llegó sin novedad a su rancho y depositó el robo en un só-

tano que había construido con mucho cuidado:

Al amanecer llegó Urdemales con la burra a la casa de ladron, y habiéndole preguntado éste qué era lo que había pasado en el bosque, Pedro le contestó que el rico lo había pillado y asotádolo horriblemente hasta que tuvo que largar la verdad porque lo perdonaría, habiéndole dejado la burra para que jamás le robase:

—No se te dé nada, le dijo el bandido: Esta noche nos iremos a robar papas a un papal que tiene este caballero.

Esperaron que se oscureciera y salieron con mucho cuidado para no ser sentidos. Apenas hubieron llegado a un lado opuesto del cierto, amarraron su borrica y penetraron al interior. La casa estaba muy próxima a las papas, por lo que tenían que desplegar sumo cuidado:

Empezaron su operacion con mucha suerte y cuando ya la burra estuvo cargada, volvieron de nuevo al papal para llevar en las mantas el resto de lo que habian sacado.

Pedro encontró una papa muy hermosa y dijo fuertemente:

—¡Esta papa es para mí!

—Calla la boca! le dijo el bandido.

A poco rato, halla Pedro otra papa mas hermosa y gritó mas fuerte:

—¡Esta papa es para mí!

—¡Calla la boca; lesó, badulaque!

—No comprendes que los perros pueden sentirnos y por este medio podemos ser pillados?

—¡Esta papa es para mí! volvió a gritar Pedro; cuando encontró otra papa.

Apenas concluyó de decir esto, cuando los perros salen de la casa a todo escape y tras de ellos algu-

nos sirvientes que habian despertado.

El bandido huyó velozmente sin hacer caso de burra ni de papas y se perdió en la distancia. Pedro, al contrario, agazapado tras de las matas, dejó pasar el dilubio, y cuando ya todos se habian retirado a la casa, salió del papal arreando su borrica.

Llegado que fué a su casa, depositó las papas en el sótano y devolvió la borrica.

El bandido la recibió y le dijo a Pedro que ya no salia mas con él por ser mui lesó; pero, en resúmen, era él el lesó, pues Urdemales lo habia engañado dos veces.

Pedro se despidió y se fué mui contento.

EL MUERTO VIVO

A un hotel de cierta ciudad entró una noche *Pedro Urdemales*,

donde varios frailes y seglares se entretenian en jugar al naipe.

Allí se perdian gruesas sumas y se recuperaban dobladas.

Un fraile tallaba.

Sesenta mil pesos había de fondo,

Salí a jugar la sota de bastos y el cuatro de copas.

— Mil pesos a la sota, dijo uno.

— Está conmigo, dijo Urdemales.

Cruzáronse infinitas apuestas.

La sota estaba bajo de tres cartas, así es que la ganancia era segura.

— Veinte mil pesos más, dijo Pedro.

— Convenido, dijo un fraile.

Se tira la primera y aparece el cuatro de espadas. Pedro ganó veintiún mil pesos en un instante.

Todos comenzaron a fijar la vista en el desconocido.

Uno de los frailes, al conocer el

semblante de Pedro dijo con acento firme:

—Este individuo es un ladrón!

—Mientes! dijo Pedro.

A esto se siguió una inmensa confusión.

—Este individuo, repitió el fraile, es un ladrón. La prueba de esto la conocereis en el acto. Con el pretesto de un rico tesoro que dijo haber encerrado en una gruta de la montaña, me encerró en ella después de haberme embrollado una bolsa que contenía veinte mil escudos.

—Es un miserable! exclamó otro caballero entrado en edad; a mí me embrolló diez mil pesos, engañándome soezmente con un sombrero que decia ser de virtud.

—Este es Pedro Urdemales! gritaron todos.

—Caballeros, dijo Pedro, un poco de calma. Sed mas prudentes y no os dejéis engañar por un simple

capricho. Yo soi Pedro Urdemales y estoí a la disposicion de cada uno.

—Que muera! gritaron otros.

—Que viva! valbuseó Urdemales.

—Que caiga el bandido bajo los golpes de nuestra justa venganza!

—Caballeros, dijo Urdemales, si quereis satisfacer una venganza con quien nada os debe, prestadme un puñal y yo mismo satisfaceré vuestros canívales deseos.

—Un puñal! gritaron otros.

Le pasaron a Urdemales el arma homicida, y blandiéndola en distintas direcciones, comenzó a expresarse de la siguiente manera:

—Estoi ante vosotros sin miedo ni vergüenza: sin miedo, porque nunca he sabido temblar ante nadie; sin vergüenza, porque mi conciencia está pura por cualesquiera de sus lados. Sin embargo, voi a morir para que vuestros deseos queden cumplidos.

Levanta entonces el puñal a la altura de su cabeza y lo entierra con todas sus fuerzas en el corazon, cayendo instantáneamente al suelo.

La concurrencia, conmovida a la vista de tan trágico suceso, principió a comentar de diversos modos el percance de que todos habian sido víctimas y concluye lamentando aquella muerte.

Y para que no se supiese en la población el homicidio de Urde males, dos de los mas robustos frailes cargan con el inanimado cuerpo y lo llevan al cementerio con el objeto de enterrarlo. Pero apenas habian penetrado al cementerio y depositado el cuerpo sobre el suelo, cuando Urde males se levanta y apretando el puñal carga ciego de coraje contra sus sepultureros. Los frailes, al ver la resurrección de Pedro, se arionadan y le piden perdón!

Aceptó el perdon Urde males,

pero a condicion de que los frailes le dieran todo el oro que habian ganado en el hotel.

Ahora si el lector desea saber por qué y cómo resucitó Urdemales, le diremos que éste andaba trayendo en el seno una capucha llena de sangre de cordero, y al enterrarse el puñal en el pecho no rompió sino la capucha.

MATRIMONIO DE PEDRO

Un poderoso español tenia una hija cuya incomparable belleza no conocia rival en el album de las hermosas.

Pero asi como era de bella, poseia uno de aquellos grandes defectos con que la naturaleza se complace a veces en poner de relieve: era orgullosa por demas, y tanto, que nadie la hacia pronunciar una sola palabra, ni imprimir en sus labios una sola sonrisa.

Muchos caballeros, de los más ricos, habían pedido su mano, pero ella no quería casarse con nadie.

Su padre, para vencer este obstáculo, prometió de dar la mano de su hija a aquel que la hiciera hablar y reirse.

Muchos jóvenes se presentaban a la hermosa por ver si lograban hacerla hablar y reir; pero nadie anduvo feliz en esta nueva empresa.

Pasó un año y todavía no había ningún dichoso que hubiera obtenido su aprobación.

Oyó decir Pedro Urdemales que se ofrecía la mano de la bella española al que lograra hacerla hablar y reirse. Con este fin mandó hacer un pantalón de papel y se dirigió a obtener el más espléndido resultado.

Una multitud de pretendientes se hallaba bajo los corredores de la espaciosa casa, y grupos disemina-

dos por el patio de pretendientes chasqueados.

Llegó Pedro, desmontóse y se dirijió a ver la encantadora deidad.

—Buen dia, señorita.—Buenos dias, caballero, se contestó el mismo Pedro.

—Tome asiento a mi lado.—Bien, señorita.

Sentóse Pedro; pero al poner una pierna sobre la otra, se le rasgaron los pantalones en la parte mas *impúdica*, dejando ver mas de algo.

La hermosa fué testigo de este acto primero, y no pudo menos que hacer oír una sonora carcajada.

Pedro se consideraba como vencedor y todos los demás comenzaron a ver en él a uno de esos seres dichosos que saben ayudarse a sí mismo. Faltábale únicamente hacerla hablar, pero esto lo consideraba Pedro como la cosa mas

Llegó la hora de la comida y llamaron a la española a comer.

Levantóse de su asiento y se dirigió al comedor.

Pedro se para y dice;

—Ud., caballero, tendrá la bondad de acompañarme a la mesa.—Con mucho gusto, señorita.

Dirigióse al comedor y tomó asiento. Una vez concluida la comida, se levantó la mesa y todos salieron para fuera, incluso Pedro.

Cuando ya fué hora de acostarse, Pedro siguió los pasos de la bella española hasta el mismo dormitorio. Se desnudó ella y él la dijo:

—¿Y Ud., caballero, no se acuesta?—Bien, señorita.

Desnudóse y se tendió cuan largo era en la cama, donde dice la tradicion que forzosamente tuvo que hablar la española, y de consiguiente ser la esposa de Pedro Urdeemales.

MUERTE DE PEDRO

Doce años despues del matrimonio de Pedro, y un año despues de la muerte de su esposa, Pedro recibió aviso de una señora para que pasará a su casa.

Acostumbrado Pedro a las aventuras, por mas que éstas fueran a veces pesadas, se encaminó a paso ligero a la casa de la señora en cuestión, y habiéndole el guia señalado la sala de recibo, Pedro entró luego saludando a la dueña de casa con profunda reverencia.

Aproximóle la señora un asiento y una vez que Urdemales estuvo sentado se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Has de saber, querido Pedro, dijo la señora, que cierto fraile ha dado en la mañana de visitarme con mucha frecuencia, y como yo nunca he pensado entregarme a un sacerdote y menos a un fraile, hube de

deshacerme de mi perseguidor, asesinándolo. No tengo una sola persona de mi entera confianza, y he aquí por qué os he mandado llamar. Creo inútil haceros una recomendacion del secreto que os acabo de comunicar, por lo que espero de un buen Pedro *urda* un buen plan para deshacernos del cadáver del fraile.

—Tranquilizaos, señora, contestó Urdemales, que yo haré todo lo posible porque este secreto quede en el mas completo silencio. Esta noche, provisto de un azadon y con el cuerpo a cuestas, me dirijiré a la falda de la montaña y procuraré enterrarlo en lo mas espeso de ella.

—Pero eso no basta, replicó la señora, porque, has de saber, mi buen Pedro, que la tradicion nos ha conservado varios ejemplos de frailes que, habiendo sido asesinados, se han levantado de sus tumbas por mas bien que se les haya

enterrado. Así, pues, es necesario que no solo quede lo mejor enterrado posible, sino que tambien le cargues cuantas piedras y palos encuentres en la montaña.

— Pierda cuidado por esa parte, señora, porque si las tradiciones dicen tal cosa, Pedro Urdemales será el primero que deje establecido lo contrario.

Luego que las sombras de la noche cayeron sobre la tierra, Pedro y la señora entraron al aposento donde se hallaba el cadáver del enamorado fraile, y despues de forrarlo en una doble mortaja, Pedro echóse el cadáver a cuestas y provisto de un grueso azadon se encaminó en dirección a la montaña.

Cuando encontró un lugar a propósito para abrir la sepultura, descolgó el cuerpo del fraile sobre unas matas y empezó a escablar con la lijereza que sus fuerzas le permitian. Cuando la sepultura tenía co-

mo dos metros de profundidad, tomó Urdemales su carga, y dejándola caer con toda la fuerza de sus pulmones, cubrióla de tierra, la aplanó en seguida y la llenó de piedras despues. Como le pareció poco, empujó varios trozos de árboles que se hallaban diseminados al rededor del sepulcro y cargó lo mejor que pudo la fosa del fraile.

Habiendo cumplido con este requito se fué para su casa diciendo para sí:

—La tradicion ya no tendrá motivos de dar a conocer patrañas, porque Urdemales se le puso en su camino.

Llegó a su casa, acostóse y luego se quedó dormido.

Las seis de la tarde del siguiente dia serian poco mas o menos, cuando el mismo individuo del dia anterior llegóse a Pedro y díjole al oído que su señora lo necesitaba de nuevo. Pedro siguió al guia y cuan-

do lo dejó solo con la señora, ésta le dijo en tono aflijido:

—¿Cómo te vá, Pedro? ¿Has enterrado al fraile?

—Sí, señora, y creo que de allí no se moverá sino hasta el dia del juicio.

—¡Cuán equivocado vives, Pedro! ¡Seguro que no has cumplido con el encargo que te hice, pues el fraile permanece en el mismo lugar de donde lo sacaste!

—Vamos a verlo, señora, dijo Pedro. No me puedo convencer de lo que Ud. me dice, pues yo lo he dejado en una parte de donde le será difícil salir.

La señora introdujo al aposento a Pedro y encontraron el mismo cuerpo con la misma mortaja. Pedro quedó con un palmo de narices y luego dijo:

—Fraile torpe, yo haré que no vuelvas de nuevo a esta vida.

Y cargando otra vez el cuerpo

del fraile se dirigió a la montaña y amarrándole una enorme piedra, lo dejó caer al fondo de un profundo raudal, diciendo:

— De aquí no saldrás ni con la fuerza de veinticinco mil de a caballo,

Y se dirigió a su casa a descansar.

Al otro día apareció de nuevo el enviado anterior y repitióle el mismo recado.

— Demonios! exclamó Pedro en su desesperación. ¡Cuando menos el fraile ha vuelto a salirse de su sepultura!

Luego que estuvo al lado de la señora, ésta le dijo que el fraile se hallaba en el mismo sitio que el anterior.

— ¡Pero háse visto fraile más porfiado! dijo Pedro. Ayer lo enterré como a un tesoro, anoche lo oculté como a una perla en el fondo de

un abismo y ahora se encuentra de nuevo en este sitio! . . . , Señora, si esta vez se me escapa, creo y seguiré creyendo en la maldita tradicion,

Tomó el cuerpo del tres veces porfiado fraile y llegó a la montaña como a las cuatro de la mañana. Despues de haberlo enterrado y cargado con cuanta piedra encontró en el bosque, amontonó una inmensa cantidad de leña y prendióle fuego en seguida.

Despues cortó un buen garrote y se puso a cuidar en la distancia, dando vueltas en contorno de la hoguera por si se le antojara al fraile salirse de su sepultura.

Aparecian en el horizonte las primeras luces del dia, cuando Urdemales vió aproximarse con mucha cautela a un lego que, montado sobre una mula, se dirijia tirando de frio al calor de la sinistra pira.

Pedro, en cuanto lo divisó, pren-

dió carrera en su dirección y dando al lego golpe tras golpe, logró echarlo pronto a tierra. Cuando ya no latía el corazón del aparecido, lo tiró a las llamas, diciéndole;

—¿Conque habías pretendido salvarte? ¡Toma tu merecido!

Y siguió echándole combustibles hasta que ya quedó convertido en cenizas.

Como ya era de día, Urdemales se dirigió a la casa de la señora, con el temor de encontrar al fraile en el mismo lugar. Pero no bien hubo llegado Pedro cerca de la señora, cuando ésta, dándole las gracias por su comisión, dióle mil pesos como premio de sus trabajos.

Poco tiempo después supo Pedro que el fraile que se le había encargado eran tres, y que de cuenta propia hacíanle sus *pasatiempos* a la señora, sin que ninguno de ellos supiera, y sin que ninguno de ellos supiera fueron también pagando

su forzoso tributo a la naturaleza. Aquel lego que se apareció en la mula, era enviado de una ciudad lejana para uno de los conventos de la ciudad. Habiéndose perdido en el bosque, llegó a traslucir las llamas de la sangrienta pira y se dirigió a ella con el santo fin de calentar sus entumecidos miembros; pero el vijilante Pedro, creyendo fuera el mismo fraile, le dió muerte horrible.

Por consiguiente, fué tanta la pena que le causó a Pedro Urdemales el tiple engaño de una mujer, que resolvió gastar toda su plata en las saturnales de la embriaguez, muriendo al fin pobre y desgraciado!

FIN.

ERRATAS

Pedimos al lector disculpe los errores con que aparece la presente obra. Solo estamparemos aquí los mas notables, que son los siguientes:

En la 9.^a línea de la *introducción*, se lee: *todo lo que es oro no reluce*, debiendo decir *todo lo que reluce no es oro*;

En la 2.^a línea de la página núm. 1, dice *1801*: léase *1701*; *1 pag 5, penúltima*

En vez del quinto acápite de la página núm. 5, léase lo siguiente:

«He aquí como vino al mundo *Pedro Allegria*, nacido entre correntosas aguas, para dar mas tarde un ejemplo de picarescas aventuras, por las cuales todos le llamaron *Pedro Urdemales*.»



INDICE

	Pág.
Introducción,	III
Nacimiento de Pedro,	1
Los cerdos,	5
El sombrero virtuoso.	8
¡Dominus Vobiscum!	13
Apuesta.	16
El jilguero.	17
El obispo.	20
Aquí viene!.. Allá vá!..	24
El testamento.	28
La yegua.	30
El sapo.	34
El ciento por uno.	37
Los ciegos ladrones.	41
La oreja.	47
El muerto resucitado.	50
Nuestra Señora del Salto.	53

Las adivinanzas.....	55
El pastel.....	59
La sábana.....	62
Ádivinanza sin solucion.....	69
El tesoro.....	68
La guitarra.....	74
El bandido engañado.....	77
El muerto vivo.....	82
Matrimonio de Pedro.....	87
Muerte de Pedro.....	91

